



Tenemos un campo físico y un campo contemplado.
Paisaje de Almedinilla (Córdoba) desde lo alto. Foto: Jaime Moreno Tamarán

La ordenación y gestión de los paisajes rurales: ¿un desafío desde las ciudades?

José Ramón Guzmán Álvarez¹,
coordinador de la Dirección General
de Gestión del Medio Natural,
Consejería de Medio Ambiente, Junta
de Andalucía

Resumen

¿Cómo gestionar y ordenar los paisajes rurales? Esta pregunta es el punto de partida de esta reflexión sobre la dificultad de trasladar al espacio rural las expectativas y deseos generados principalmente desde las ciudades. Posiblemente el mayor escollo sea la tendencia del pensamiento urbano a desear fijar el carácter de los paisajes rurales sin recabar en que éstos son también dinámicos. Pero la historia también se escribe en los surcos del campo por lo que las recetas que se propongan no deberían ser ajenas a ello: tener en cuenta no sólo el espacio, sino también (y especialmente) el tiempo como modelador de los paisajes. Otra gran dificultad se deriva del hecho de que el paisaje rural es el resultado de la confluencia de numerosas actuaciones individuales cuyo efecto es valorado subjetivamente.

El modesto recetario final que da respuesta a la pregunta inicial incluye la recomendación de dotar de funcionalidades nuevas a los viejos elementos para propiciar su conservación, reemplazar los elementos obsoletos que no son mantenibles por otros que cumplan funciones semejantes, y actuar construyendo el futuro y no anclando los paisajes a un pasado que ya no volverá.

Palabras clave

Ciudades / Convención europea del paisaje / Gestión / Ordenación del territorio / Paisaje rural / Patrimonio cultural / Patrimonio natural

INTRODUCCIÓN²

La Convención Europea del Paisaje (2000) nos ha permitido contar con una definición de paisaje ("cualquier parte del territorio, tal y como es percibida por las poblaciones, cuyo carácter resulta de la acción de factores naturales y/o humanos y de sus interrelaciones") que permite avanzar en las discusiones un poco más allá de la semántica del punto de partida. Porque si bien esta definición sienta un hito, deja las puertas abiertas a posteriores debates acerca del alcance de las componentes objetivas y subjetivas al combinar percepción con espacio físico.

Pero incluso el marco físico, el territorio, es espacio subjetivo o, quizás mejor, subjetivado: el paisaje es un fenómeno construido. De hecho, a tenor de la mencionada definición, tiene carácter, como lo puedan tener manifestaciones culturales emblemáticas como el vino o los toros.

Al optar por esta definición, la Convención Europea ha convertido al adjetivo cultural en un epíteto de los paisajes. Porque aunque la precaución semántica permita la existencia de paisajes modelados únicamente por factores naturales, la práctica de la civilización milenaria en el occidente mediterráneo nos advierte de que esto, en nuestras latitudes, no deja de ser una hipótesis.

Cultura y paisaje están tan unidos que, de hecho, el paisaje atesora el registro cultural del territorio. El símil del paisaje como palimpsesto ha sido repetidamente invocado, metáfora que nos invita a traducir el código que se esconde tras la conformación perceptiva del territorio.

Al acotar el campo semántico de los paisajes a lo rural damos un paso importante en su concreción. Teniendo en cuenta, además, que a la hora de descifrar los códigos de los paisajes frecuentemente nos sentimos más cómodos en lo rural. Quizás porque muchos de nosotros tratamos de huir de lo urbano como ámbito de referencias simbólicas, en un ejercicio de impostación, puesto que nuestras vidas son y están en las ciudades. O porque la lectura de los paisajes rurales nos da la impresión de ser más evidente, menos cargada de dificultades. La ruralidad, en definitiva, nos seduce, aunque a menudo tampoco sepamos bien cómo definirla.

Puestos en ello, lo hacemos mejor por exclusión: rural es lo no urbano. Si bien tal vez sería mejor calificarlo como lo que no es del todo urbano, o como aquellos espacios que no son excesivamente urbanos. Porque los criterios cuantitativos, que necesitamos para elaborar estadísticas, se tornan artefactos inapropiados cuando contemplamos la realidad mestiza del territorio.

El espacio de la ruralidad es aquel en donde la traza de las obras humanas no es demasiado ostensible y en donde los ritmos de la vida (de la silvestre, pero también de la cultivada) todavía marcan la fisonomía del paisaje. Lo que no quiere decir que estos espacios poco habitados sean poco transitados o intervenidos. Es todo

cuestión de escala, de magnitud de la intervención y, en gran medida, de los materiales con que se modifica la naturaleza. Porque se puede edificar el territorio con acero y cemento, o reticularlo con kilómetros de piedra en seco meticulosamente dispuestos. Lo primero da lugar a un espacio intensamente artificializado y usualmente con poca valoración afectiva; lo segundo también artificializa el territorio, pero lo interpretamos como una construcción vernácula integrada en el medio. Si, además, los muretes y albarradas han madurado en la bodega del tiempo pasan a convertirse en una seña de identidad tradicional. Quizás la diferencia estribe en que las construcciones de hormigón todavía no han envejecido lo suficiente...

Igualmente establecemos distinciones respecto a los componentes vivos del paisaje. Tomemos un ejemplo provocador: los paisajes cultivados con castaños tienen una mayor relevancia ante nuestros ojos y nuestro espíritu que los paisajes cultivados con eucaliptos. Posiblemente esta diferencia en su valoración no cambiaría si quedara ratificado el carácter importado o introducido de muchos de los castañares en España, como se sospecha. ¿Alguna explicación?: los castaños han entrado a formar parte de nuestra cultura; los eucaliptos, aparentemente, no.

El énfasis lo ponemos siempre nosotros, los que percibimos, los que observamos, por ser la vista el sentido con el que principalmente catalogamos paisajes.

LO RURAL Y LO URBANO

De la ruralidad forman parte lo agrario, lo forestal y lo edificado. El campo, el monte, el bosque y las construcciones rurales. En la ciudad, lo edificado arrinconan a todo lo demás: hasta la naturaleza se vuelve urbanita en los parques y jardines.

Se ha propuesto que lo urbano comienza allí donde haya un semáforo. O donde dejamos de saludar a los desconocidos. O en donde la relación con los difuntos deja de ser fluida para reducirse a determinados momentos conmemorativos; en los entornos rurales, por el contrario, todavía es frecuente conversar con las tumbas. En los últimos años, además, se ha consolidado un cambio decisivo en nuestra forma de relacionarnos con la muerte que nos equipara con las culturas nómadas de todos los tiempos: la incineración es la prueba del siete de la mutación definitiva de nuestros hábitos de vida, al habernos convertidos en viajeros permanentes también tras la muerte, incluso aunque no nos desplacemos del lugar de residencia.

Pero, al mismo tiempo, nuestro acervo genético parece no querer desvincularse completamente de la naturaleza y decoramos las ciudades con algo de verde para hacernos la contemplación -la vida, en definitiva- más agradable.

Hace algo más de un siglo, grandes urbanistas como Ildefonso Cerdá también tuvieron como preocupación introducir atributos

del mundo rural en la ciudad; en aquellos tiempos se esgrimían razones relacionadas con la higiene y la salubridad. Aunque tal vez entonces como ahora, cuando lo hacemos por motivaciones ambientales y paisajísticas, lo que nos induzca a ello no sea más que la llamada de nuestros instintos más primitivos...

Tanta es la energía que consume la ciudad, que su espacio de encuentro con el campo, con lo rural, se caracteriza por ser una brecha de tensión, de entropía y de desorden. Los territorios periurbanos parecen abocados a su desintegración y al vaciamiento de identidad: es posible que ésta sea la característica que mejor defina a los descampados de los extrarradios, esos terrenos anónimos que han dejado de ser campo sin convertirse todavía en ciudad, con la expectativa futura como único valor presente.

En ocasiones, somos capaces de revertir la degeneración territorial a fuerza de incorporar energía material e intelectual. Huertos de ocio, parques agrarios o parques periurbanos son algunas de las soluciones que hemos ensayado con éxito para suavizar la áspera frontera entre los paisajes urbanos y los rurales.

LA PERCEPCIÓN DE LOS PAISAJES RURALES: UNA NECESIDAD CADA VEZ MÁS URBANA

Cuando contemplamos los paisajes rurales desde nuestra perspectiva de ciudadanos urbanos a menudo obtenemos placer. No siempre, porque ocurre con frecuencia que la falta de experiencia nos impide leer de manera trascendente los paisajes, conocerlos e imaginarlos más allá de lo visto. Vemos, entonces, paisajes vacíos de contenidos, iguales unos a otros, porque, después de todo, lo más parecido a un árbol no deja de ser otro árbol. En ocasiones, además, la contemplación se convierte en un acto molesto: el acercamiento a la ruralidad implica salir por un momento de la predecibilidad del sistema de referencia urbano.

Pero aun en los casos en los que la contemplación suponga una experiencia mental placentera (más allá de la valoración estética del panorama), deberíamos ser cautos, ya que la traducción de nuestra mirada puede ser un paisaje, acorde con nuestras filias y fobias, pero aberrante, alejado de su identidad real, de la cadena de causalidades a que se debe. Un campo de amapolas, por ejemplo, puede suponer el culmen de nuestra aproximación estética al paisaje, pero no deberíamos perder de vista que es la consecuencia final de un enorme fracaso: la incompetencia o incapacidad de un labrador en su esfuerzo por obtener un campo de cereal; las amapolas para el labriego son solamente malas hierbas con flores escarlatas.

Tenemos, pues, un campo físico y un campo contemplado. De igual forma que contamos con un territorio forestal construido y con otro visitado por la mirada. Cada uno de nosotros construimos nuestra propia imagen de los panoramas rurales; es el conjunto de las imágenes obtenidas por los que compartimos la misma cultura



Paseo del Río de San Juan de Aznalfarache, Sevilla (2009). Fuente: <http://www.flickr.com/photos/37217010@N06/3435279598/>



A la conquista del descampado. El charco de la rana, en La Guindalera (Madrid). Foto: Elena Cabrera



Huerto de ocio ubicado entre la Avenida de los Naranjos y Blasco Ibáñez, cercano al cementerio de El Cabanyal (Valencia). Foto: Nacho Carrascosa



Huertas urbanas en Pino Montano (Sevilla). Foto: Marta Soler



Al dominar la población ciudadana sobre la campesina, los urbanos tienden a imaginar (esto es, a proyectarse interiormente una imagen) el campo y el monte como les gustaría que fuese, como deberían ser. Fotografiando el paisaje en Frailes (Jaén). Foto: Jaime Moreno Tamarán

lo que conforma la imagen social del paisaje que entra también a formar parte de la cultura, retroalimentando nuestro sistema de representación.

Posteriormente, este utillaje cultural nos servirá para valorar las actuaciones que emprendamos sobre los paisajes rurales, que de contemplados se convierten en espacios físicos de intervención. Y, por consiguiente, de decisión.

Al dominar la población ciudadana sobre la campesina, los urbanos tienden a imaginar (esto es, a proyectarse interiormente una imagen) el campo y el monte como les gustaría que fuese, como deberían ser. Propósito bienintencionado pero inconsecuente, destinado a fijar las normas al mismo territorio rural que nutre a las ciudades, que almacena sus residuos y que se contrae ante el avance de las urbes.

La urbanización no sólo consume espacio físico: también se urbaniza el *ager* y el *saltus* emocionalmente. En el caso concreto del campo, hemos de tener en cuenta que no es sólo territorio: también es la urdimbre que le da sentido. Si desaparecen o son interrumpidos los elementos de articulación (caminos, acequias, desagües...), se acelera bruscamente la esclerotización del tejido territorial. Teniendo en cuenta, además, que el cambio puede tener causas (y consecuencias) emotivas y psicosociales: en muchas

ocasiones, lo rural deja de serlo cuando se produce el extrañamiento ante la actividad agraria, cuando el habitante del medio rural siente vergüenza por manejar la azada o por conducir el motocultor por las calles del pueblo.

No conviene tampoco caer en el victimismo del campo frente a la ciudad, en la alabanza de la aldea y el menosprecio de la corte, tema recurrente a lo largo de la historia. Nuestros pueblos, por ejemplo, pueden ser bellos, pero son poco funcionales: generalmente, cuanto más pintoresca sea una calleja, su accesibilidad será menor. Y lo que en su momento tenía sentido para unos hábitos de vida basados en la proximidad y la autosuficiencia, ahora carece de utilidad ante las exigencias de movilidad y comodidad.

EL DINAMISMO DE LOS PAISAJES RURALES

Los paisajes moribundos

Si aceptamos que los paisajes tienen carácter, como sentencia la Convención Europea, de ello se deriva uno de los grandes problemas de nuestros paisajes rurales: su despersonalización física (porque se convierten en paisajes sin figuras) y animica (porque el espíritu que les informaba se desvanece).

Tenemos muchos ejemplos de este vaciamiento. Algunos ligados a la presión residencial; otros al abandono de una determinada actividad productiva agraria o al de la propia actividad agraria.

El paisaje del viñedo para pasas de la costa mediterránea está desapareciendo. Ciertamente, lleva haciéndolo desde hace más de un siglo, pero en estas últimas décadas asistimos al declinar de sus últimas representaciones en el litoral malagueño. Las ayudas comunitarias que se han puesto en práctica reconociendo sus particularidades no han frenado el abandono de las parcelas ante su escasa productividad y rentabilidad, la reducción de la población que se dedica a la agricultura y el cambio de uso hacia fines residenciales. Por otra parte, las dificultades físicas de las parcelas en donde crecen los viñedos obstaculizan su mantenimiento como formas de agricultura a tiempo parcial o de ocio.

En la vega granadina, el cultivo del tabaco tiene su futuro garantizado solamente unos años más, con una superficie que se reduce año tras año ante la disminución del apoyo europeo. Con ello desaparecerá un cultivo, pero también un paisaje y su arquitectura (la de los chozos o secaderos) asociada.

En 2007 concluyó el cultivo comercial de la caña de azúcar en la costa malagueña y granadina, cultivo que había acompañado a estas tierras desde la época hispanomusulmana. Hace años que dejó de ser rentable y sólo se mantenía por el favorecedor régimen de ayuda de la Unión Europea al azúcar y las ayudas agroambientales. Como consecuencia de la reestructuración del sector, se ha dejado de moler azúcar, lo que impide la continuidad del cultivo. Quizás haya sido sólo la excusa que necesitaban unas tierras cuyo principal valor es el de expectativa, habida cuenta, además, del escaso peso de la actividad agraria en la costa. Con ello, desaparece un problema agrícola y crece en intensidad otros vinculados a la ordenación territorial.

¿Qué hacer con estos paisajes rurales moribundos, los cuales cuentan, sin embargo, con todos los merecimientos precisos para ser catalogados como paisajes culturales? Algunos de ellos sólo parecen esperar que les apliquemos la eutanasia para abreviar su agonía. Otros demandan cuidados paliativos que alivien el dolor de sus últimos años, manteniendo acaso una débil esperanza de recuperación. Para otros parece posible proponer acciones que permitan su adaptación o reconversión a los nuevos tiempos conservando la identidad del paisaje. Muchos se reorientarán hacia nuevas producciones: en los últimos años esta reorientación se ha dirigido especialmente hacia el olivar, convertido en un cultivo refugio ante la incertidumbre asociada al resto de aprovechamientos, la relativa facilidad de su manejo y las aceptables condiciones de rentabilidad.

La acomodación estructural también es una alternativa para aquellos paisajes que se pueden destinar hacia el turismo rural o hacia la satisfacción del ocio de sus propietarios. Pero, en todo caso, conviene tener presente que estas crisis forman parte de la

historia de los paisajes, que nacen y mueren en consonancia con la evolución de las sociedades que los crean y transforman. La pregunta ineludible que se deduce de todo ello es hasta qué punto se puede o se debe intervenir para revertir estos procesos.

Los paisajes en evolución

Hasta los espacios que estimamos como ejemplos de naturalidad son en realidad herederos de la actuación humana. Posiblemente en los últimos decenios estos paisajes emblemáticos (la selva de Irati en el Pirineo navarro, la tundra de Sierra Nevada, las marismas de Doñana) hayan estado sujetos a los mínimos de intervención desde hace cientos de años. Y como consecuencia de esta no intervención, estos paisajes heredados se están convirtiendo en nuevos paisajes, sujetos al gran impacto humano de la no actuación.

Cuando se deja de aclarar una formación arbolada para obtener leños y ramas con los que obtener carbón y cisco, aumenta la materia vegetal. Esto se traduce en el enriquecimiento en biodiversidad del sotobosque o en una mayor complejidad estructural del monte, pero, al mismo tiempo, y desde otro punto de vista, se acrecienta la carga combustible y aumenta considerablemente el riesgo de un incendio devastador. Un pastizal que deja de ser pastoreado se transforma en otro tipo de formación conforme van implantándose especies más adaptadas a las nuevas condiciones de ausencia de herbívoros domésticos. Para algunos, el pastizal progresivamente se embastecerá o ensilvecera, perdiendo calidad; para otros, dará paso a nuevas comunidades botánicas y faunísticas. Si un olivar deja de labrarse, con frecuencia los olivos serán capaces de pervivir durante muchos años, convirtiéndose en el elemento arbóreo de un ecosistema forestal en construcción. Dependiendo de la potencialidad de restauración de la cubierta vegetal del medio, el olivar dará paso en un lapso más o menos prolongado de tiempo a una formación de estepa arbustiva, a un matorral o a un bosque mediterráneo.

Los paisajes cultivados, pastoreados o manejados selvicolamente evolucionan; también lo hacen los paisajes rurales más humanizados, los paisajes de las construcciones rurales. Hay pueblos que caen en el abandono y desaparecen hasta de la memoria. Los materiales de las construcciones rurales antiguas revierten con cierta facilidad al territorio, reconvertidos en majanos o en muretes. Estos materiales se han caracterizado históricamente por su capacidad de ser reutilizados: los sillares de las construcciones obsoletas volvían a ser dispuestos en hileras en las nuevas fábricas.

¿Podemos revertir todos estos procesos evolutivos? Estamos tentados a ello, porque el abandono de la funcionalidad da pie frecuentemente a sentimientos de pena. Son metáforas recurrentes de la fugacidad de nuestras propias vidas. Pero si deseamos mantener estos paisajes, o los elementos de estos paisajes, es preciso incorporarles energía de manera continuada que evite su tenden-

cia natural hacia el aumento de entropía. Y esta energía, a fin de cuentas, se traduce en unidades monetarias.

Los paisajes que necesitamos

El desarrollo económico de los últimos decenios ha traído aparejado un aumento exponencial del conocimiento: más recursos y tiempo destinados al estudio y a la investigación han permitido, por ejemplo, conocer en mayor profundidad el funcionamiento de los paisajes. Gracias a ello comprendemos mejor muchos de nuestros paisajes y nos hemos apercibido del papel casi insustituible de determinados elementos que son clave para mantener su conformación actual. Las cabras, por ejemplo, durante mucho tiempo fueron consideradas como la gran amenaza de los ecosistemas forestales. Recientemente hemos advertido que su ramoneo bien guiado tiene efectos positivos sobre la composición florística y la estructura de la vegetación. Con ello hemos revalorizado el papel de los pastores, cuya sabiduría milenaria ya no es depositaria solamente de conocimientos folklóricos o etnográficos, sino que los hemos convertido en custodios de la biodiversidad, siempre que lleven a cabo con prudencia ecológica su duro oficio. Otro ejemplo: en nuestros días, los muretes de los bancales y terrazas de cultivo son el soporte de nuevas funciones relacionadas con la estética, la conservación de suelo y el mantenimiento de la fauna y flora que se suman a la finalidad inicial de permitir una superficie llana para el cultivo y facilitar el riego cuando había agua disponible.

Las dehesas son bosques simplificados en su estrato arbóreo y arbustivo pero cuya cubierta herbácea ha sido favorecida. El paisaje de la dehesa es muy valorado por la sociedad, lo que se relaciona con su carácter de parque arbolado con amplia visibilidad, territorio por el que parecen sentir querencia genética los humanos. Pese a su apariencia de naturalidad, se trata de un paisaje muy domesticado que requiere de manejo continuado y de la acción del ganado para su mantenimiento. Como resultado de su explotación, las bellotas se transforman en jamones y otras chacinias y el pasto en queso, corderos o carne de novillos. Creemos que las dehesas llevan en su sitio desde siempre, aunque son un artefacto rural relativamente reciente en su conformación actual. Su manejo ha podido cambiar varias veces a lo largo de los varios siglos que pueden tener de edad las encinas, lo que se ha debido traducir en cambios en su arquitectura y composición que pasan desapercibidos. Las dehesas actuales también están evolucionando y, posiblemente, las del futuro sean diferentes en su funcionamiento y componentes, aunque el aspecto exterior tal vez no cambie excesivamente.

Quizás uno de los ejemplos más llamativos y aleccionadores de la conexión entre los usos tradicionales en los paisajes rurales y las consecuencias positivas de estas prácticas sean los regadíos de careo de la alta montaña mediterránea. Localizados principalmente en la vertiente meridional de Sierra Nevada, pero también en su sector septentrional los riegos de careo permiten dilatar en el tiempo el aprovechamiento de las nieves de las cumbres. Como los



La presión urbanística de las "nuevas zonas residenciales" desconfigura y banaliza los antiguos núcleos rurales. Los Molares (Sevilla). Fotos: Jaime Moreno Tamarán

propios acequeros gustan de explicar, la sierra se comporta como un embalse cuyas compuertas de desagüe se abren repentinamente con los primeros calores de la primavera y evacuan en pocos días su caudal al Mediterráneo. Si así fuera, se perdería bruscamente el principal recurso que da vida a la agricultura de los pueblos de media montaña, que se disponen en las laderas y pequeñas vegas de las vertientes. Afortunadamente se conoce desde hace siglos que si este agua se desvía por unas acequias terrazas que filetean el contorno de la sierra a una altitud elevada (a menudo por encima de los 2.000 metros) y espaciadamente se abren boqueras o portillos por donde se deja verter el agua a las vertientes en unos lugares conocidos como simas, este agua escurrirá subsuperficialmente y remanecerá cientos de metros más abajo alimentando el caudal de los manantiales y fuentes que surten de agua para el riego y el abastecimiento de los pueblos. Con la ventaja adicional de que existe un retardo temporal que puede llegar a ser de varios meses entre la acción de esparcir el agua en las simas y su surgencia tras el periplo subterráneo. Si no se conoce esta extraordinaria función, el recorrido de las acequias de careo (denominadas así porque la humedad de las simas permite el desarrollo de un pastizal higrófilo muy apetecido por los rebaños en los meses primaverales y estivales, que suben a carear, a pastar, estos lugares), resulta ridículo, pues llevan el agua desde las cumbres hasta concluir en ningún sitio. Los artifices seculares de esta regulación hidrológica a escala de subcuenca son los acequeros de los pueblos de la montaña



El paisaje de la dehesa es muy valorado por la sociedad, lo que se relaciona con su carácter de parque arbolado con amplia visibilidad, territorio por el que parecen sentir querencia genética los humanos. Dehesa de El Pozuelo (Huelva). Foto: Carlos de Vega Martín

mediterránea andaluza, que han llevado a cabo su labor ajenos a toda elucubración científica. Si desaparecieran (los cuales realizan un trabajo duro como pocos al tener que subir casi diariamente a las cumbres para repartir el agua periódicamente en las boqueras según un patrón de distribución validado por el uso), no solamente se vería afectado el paisaje de las acequias de careo, la vegetación asociada a su curso o los pastizales de las simas; mermaría la dotación de agua potable y para riego de los pueblos situados en las cotas inferiores con todo lo que ello conlleva. Como contrapartida, el agua depositada en forma de nieve completaría un ciclo más natural, o al menos así estaríamos tentados a calificarlo, aunque: ¿sería lo deseable?

ALGUNOS PRINCIPIOS QUE PUEDEN ORIENTAR LA ORDENACIÓN Y GESTIÓN DE LOS PAISAJES RURALES

De lo dicho hasta el momento se derivan algunas reflexiones sobre el modo de aproximarse a los paisajes rurales con el objetivo de proponer pautas de ordenación y gestión.

1) Como fruto de la intervención humana que son, los paisajes rurales cambian y evolucionan. Con excesiva frecuencia contemplamos sólo el aquí y el ahora del territorio. Esto no tendría importancia si nuestra mirada tuviera solamente una finalidad es-

tética; pero la valoración nos induce a extraer conclusiones sobre su ordenación y gestión, que a veces son llevadas a la práctica sin considerar las funciones y relaciones que han propiciado su configuración actual que puede que hayan desaparecido o estén dando sus últimos estertores. Muchas veces, además, deseamos mantener lo que vemos. Y, al contrario de lo que ocurre con la planificación urbana, en la que se aborda la construcción del futuro, en la planificación rural corremos el riesgo de tener como uno de nuestros objetivos seguir construyendo el pasado.

2) Los paisajes rurales están contruidos históricamente. Su estructura o algunos elementos singulares son el resultado de la modificación y adaptación del territorio a circunstancias socioeconómicas pasadas, extinguidas. En ocasiones, estos restos del pasado se han quedado estancados, fosilizados, sin ninguna relación con la funcionalidad actual del paisaje. En otras, se han reacomodado a la nueva situación: nuestros pastizales y sus especies características no se forjaron ante la presión selectiva de los rebaños de ovejas y cabras, sino debido a la acción prehistórica de rumiantes que desaparecieron hace decenas de miles de años. Durante milenios nuestros rebaños han estado modelando los paisajes; en la actualidad, de manera muy brusca en relación con la escala temporal, la ganadería extensiva está desapareciendo de muchos de estos lugares. El territorio quedará entonces sujeto a nuevos procesos naturales y artificiales que dictaminarán su evolución futura.

3) Necesitamos experiencia y conocimiento de calidad para descifrar los códigos de los paisajes. Los fenómenos observados permiten una aproximación diferencial según distintas escalas de aproximación. A veces nos conformaremos con aprehender solamente la epidermis, su manifestación sensible. Con frecuencia, no obstante, precisaremos indagar en las relaciones históricas (eje temporal), territoriales (eje espacial) y humanas (eje social) del paisaje.

4) Los paisajes son representaciones subjetivas del territorio pero están compuestos por atributos objetivos que hay que caracterizar. La aproximación subjetiva producto de la percepción parte de un ejercicio de síntesis, que muchas veces es llevado a cabo de forma rápida e inconsciente. La objetiva requiere del enfoque analítico, con herramientas y metodologías apropiadas. Ambas aproximaciones deberían converger hacia una visión integral del territorio: sólo entonces podremos aplicar con sensatez la técnica al paisaje.

5) Frecuentemente, los paisajes rurales son el sumatorio de las intervenciones puntuales de multitud de sujetos. El enjuiciamiento sobre su carácter, sin embargo, responde a un acto individual (generalmente urbano) que valora la totalidad percibida. Como consecuencia de ello, las propuestas de ordenación y gestión sobre el paisaje tienden a abarcar su globalidad, pero requieren del ejercicio de la multiplicidad de sujetos que actúan sobre el paisaje. El hortelano, al disponer las plantas en los canteros y caballones, o el labrador, al plantar una ringleta de frutales, no prevén la incidencia que tendrá su actuación sobre el paisaje. Sin embargo, es posible que un contemplador de paisajes considere a estos elementos como pertenecientes a un conjunto armonioso, achacando subconscientemente la consonancia entre las partes a la intervención magistral de algún espíritu hacedor de paisajes. Si este espíritu se manifestara, quizás se podría negociar con él el mantenimiento de la esencia del paisaje; mientras tanto, es preciso reconocer y negociar con la multitud de anónimos constructores de paisajes para tratar de llevar a cabo las propuestas de ordenación y gestión.

6) El carácter o espíritu de muchos paisajes se debe a atributos intangibles de carácter simbólico, ritual o mágico. Ermitas en lo alto de colinas que sucedieron a antiguos lugares de adoración druidica; árboles simbólicos y totémicos como los fresnos y los tejos; cementerios, monolitos, esculturas... Elementos que nos recuerdan la importancia de la representación emocional del paisaje.

7) Del mismo modo que hemos roto y despersonalizado muchos paisajes, especialmente los de las áreas de las periferias urbanas, podemos recomponerlos, dotándoles de una nueva identidad, porque no será posible recuperar la pérdida. Los espacios periurbanos son un gran campo de ensayo para las propuestas de creación de nuevos paisajes que mantendrán elementos del pasado, pero que estarán abiertos a nuevas posibilidades. Es la única garantía para imbuirles del alma que perdieron al convertirse en espacios de transición entre lo rural y lo urbano.

8) Los paisajes rurales están contruidos y mantenidos con tecnología. Con frecuencia tendemos a atribuir connotaciones negativas a la incorporación de tecnología en los medios no excesivamente antropizados, por considerar que va en contra de la naturalidad exigible a estos espacios. Pero ni toda la tecnología es mala *per se*, ni es posible concebir los paisajes que conocemos sin ella. Hay que aplicar la mejor tecnología disponible y la que nos garantice una relación más sensata con el territorio.

CONCLUSIÓN: NUEVOS USOS PARA VIEJOS PAISAJES

Apenas a unos centenares de kilómetros de algunos de nuestros paisajes rurales más estimados, los de la montaña mediterránea, que en la actualidad se encuentran inmersos en una tendencia generalizada al abandono del uso agrícola, ganadero y forestal, contamos con una imagen de lo que estos paisajes eran cincuenta años atrás. En las montañas del Rif marroquí todavía se mantienen -posiblemente no por mucho tiempo- los paisajes seculares del Mediterráneo, habiendo experimentado relativamente pocos cambios. Campos intensamente labrados con yuntas de mulas o de bueyes que tiran de un arado romano. Pequeñas piaras de cabras que son custodiadas por zagales y muchachas que recorren linderos de cultivos, barbecheras y matorrales. Laderas en intenso declive verdecidas con trigo y cebada. Encinas desmochadas para alimentar el fuego de los hornos.

Este territorio es muy parecido física y culturalmente al de la parte oriental de Andalucía. Pero el avance socioeconómico en la fachada septentrional del Mediterráneo ha repercutido intensamente en sus paisajes: el cultivo en las vertientes, por ejemplo, fue abandonado y las laderas fueron colonizadas por matorrales o reforestadas con pinos. Así y todo, se mantiene gran parte de la herencia histórica: balates sosteniendo las paratas de cultivo; bosques aclarados, a veces hasta tal extremo que la presencia del árbol se convierte en una anécdota; presas y acequias para guiar el agua; chozos, apriscos, albarradas y otras construcciones en madera y piedra seca... Elementos que a veces son tan determinantes en la conformación del carácter del paisaje, que su propia estructura e identidad dependen de su mantenimiento. Pero con demasiada frecuencia se trata de una herencia muy onerosa. Invertir esfuerzo físico y económico en unas tierras con aprovechamiento agrícola y ganadero marginal parece poco sensato ante la falta de rentabilidad de las actuaciones de mantenimiento o de mejora. Y, sin embargo, si este esfuerzo no se hace, no solamente se colapsa una pequeña parcela, sino que se corre el riesgo de que todo el paisaje, la globalidad y complejidad del paisaje percibido, entre en crisis y se convierta en otra cosa que tal vez sea tenida en mucha menos estima.

La receta que se propone usualmente para evitar esta amenaza (que afecta a gran parte de nuestros paisajes rurales, especialmente a los que son la faz de los territorios marginales) es sencilla: revertir los procesos de abandono y ruina. Pero esta receta general



Paisaje de Medina Sidonia (Cádiz)



Cabrital en Los Molares (Sevilla)



Finca de Los Arentinales (Los Molares, Sevilla). Fotos: Jaime Moreno Tamarán

(que más bien es un diagnóstico) ha de ser aplicada en cada una de las parcelas por cada uno de los propietarios. Y el observador urbano que emite el juicio, cuyos anhelos son loables, se marcha a mirar y pensar en otra cosa, desentendiéndose de la dureza del trabajo y de su falta de rentabilidad, y olvidando que sus antepasados, cuando emigraron a las ciudades, evitaron estas tareas que ahora toda la sociedad parece necesitar.

Para finalizar, nos atrevemos a esbozar, no sin rubor, algunas propuestas sobre cómo encarar el futuro de los paisajes rurales, aún reconociendo que al hacerlo se está practicando esta cómoda conciencia urbana que mencionamos anteriormente. Pero es obligado hacer este ejercicio para subrayar el carácter dinámico y evolutivo de los paisajes.

Las propuestas de ordenación y gestión sobre el paisaje tienden a abarcar su globalidad, pero requieren del ejercicio de la multiplicidad de sujetos que actúan sobre el paisaje



Museo Histórico Arqueológico de Almedinilla (Córdoba), antigua almazara de aceite. En la imagen, durante la celebración de una muestra de trovos de Priego de Córdoba. Foto: Jaime Moreno Tamarán

- Dotar de funcionalidades nuevas a los elementos del medio rural.

El no uso conduce tarde o temprano a la ruina. Podemos conservar como piezas museísticas una cierta proporción de los elementos singulares rurales; incluso podemos tratar de preservar paisajes en su totalidad, pero nuestro esfuerzo siempre será limitado. La mejor receta para conservar lo heredado es seguir utilizándolo. No hace falta reproducir las funciones del pasado, a menudo habrá que dotar a los elementos del pasado de otras finalidades para que puedan adaptarse a la contemporaneidad. Los silos de cereal construidos en la etapa franquista para garantizar el abastecimiento son un buen ejemplo de esta reorientación funcional. Este importante patrimonio ha sido cedido frecuentemente a los ayuntamientos en donde están ubicados; algunos han sido destinados a un uso similar a aquel para el que fueron diseñados (almacén de productos agrícolas, de maquinaria, etc.); otros han sido objeto de una auténtica reinterpretación, reconvertidos en botellódromos o en rocódromos.

El emplazamiento de las eras de los pueblos muchas veces es aprovechado para construir viviendas con excelentes vistas. Pero también pueden convertirse en un auditorio en el que celebrar conciertos de música poniendo en valor la estructura tradicional como se hizo en La Tahá, en Granada. Algunos cortijos se convierten en alojamientos rurales; ciertos aljibes, en piscinas; las piedras de los molinos, en mesas; las ruedas de los carros, en celosías. A veces la ruptura con el uso antiguo será total; en otras ocasiones

será posible mantener cierta continuidad. Surgirán dilemas sobre si esta reorientación funcional permite garantizar la dignidad de los elementos tradicionales, dilemas que a veces podrán ser resueltos poniendo en práctica principios éticos y estéticos.

- Sustituir elementos obsoletos que ya no son mantenibles por otros modernos que cumplan la misma función.

Se trata con ello de mantener determinadas funciones del territorio que son importantes para asegurar el carácter del paisaje. Y a veces será obligado actualizarlas. Los espantapájaros tradicionales suponían un esfuerzo de dedicación y estaban elaborados con materiales que pueden ser de difícil localización en la actualidad. Los espantapájaros modernos tienden a ser de materiales tan modernos como los CDs o las cintas de cassette. Las acequias excavadas en tierra frecuentemente no será posible (ni incluso deseable) mantenerlas. A las pérdidas de caudal se le añade la relativa incomodidad en su manejo, puesto que se requiere un mayor conocimiento y disponibilidad de tiempo o de mano de obra. Al ser entubadas o revestidas de hormigón, los regantes ganarán en comodidad y en dotación de agua, aunque ello supondrá efectos negativos sobre la vegetación natural asociada a la acequia. En muchos casos será la única forma de asegurar que se siga con el riego en un determinado lugar. Pero, en contrapartida, la modernización de las estructuras de riego puede suponer un grave perjuicio para el paisaje. No conviene simplificar este conflicto y verlo como un enfrentamiento entre el bien particular (la mejora de la

comodidad de los regantes y el aumento de dotación y rentabilidad del riego) y el bien público (la conservación del patrimonio y del paisaje), porque otros bienes públicos entran también en juego (el ahorro de agua, la fijación de la población rural...). La mejor solución, en todo caso, debería ser el resultado del acuerdo entre los criterios derivados de las necesidades de los regantes y la disponibilidad de agua, por un lado, y los criterios que se deducen de las implicaciones económicas, productivas sociales y ambientales asociadas a la transformación del riego, por otro.

- Lo que hoy es moderno dentro de unos decenios será tradicional.

No hay que mitificar lo tradicional ni desacreditar como norma lo contemporáneo. Los equilibrios son difíciles, máxime en una época de excesos como la que vivimos, pero deberíamos eludir en la medida de lo posible los prejuicios ligados al momento presente a la hora de valorar las actuaciones sobre el paisaje.

- Los instrumentos de planificación deben actuar construyendo el futuro.

Son herramientas para que el diseño de los paisajes del futuro responda a las expectativas y necesidades de la sociedad actual, lo cual ya constituye una gran responsabilidad como para introducir, además, las expectativas y necesidades de las sociedades anteriores. Del pasado se debe aprender, pero no parece recomendable mitificarlo. Tampoco es recomendable tener miedo al futuro: haremos nuevos paisajes, muchos de ellos mejores (por qué no decirlo) porque estarán más adaptados a nuestros hábitos y necesidades. Este es un gran reto: construir sensatamente, por ejemplo, los paisajes de las vías de comunicación (que es uno de los múltiples sitios en donde somos), los de las periferias urbanas, los de los lugares de ocio... Lo que no elude la obligación moral de conocer, catalogar y proteger los elementos heredados del pasado, pero sin que ello suponga anclar al paisaje en la misma época en la que se creó.

- Antes de actuar, pensar en los efectos de la perdurabilidad de la intervención: la mayor firmeza constructiva implica una menor capacidad de absorción futura por el medio una vez abandonado el uso.

En el análisis de impacto prima más la componente espacial que la temporal. En ocasiones, sin embargo, es más importante esta última. Los criterios para evaluar el impacto temporal deberían tener en cuenta la capacidad de determinar las futuras percepciones del paisaje.

- Practicar la belleza, la búsqueda de la armonía y el cariño hacia el territorio.

El paisaje es el resultado de un sin número de acciones. Aunque necesarias, las intervenciones administrativas no garantizan los buenos usos del territorio. El establecimiento de cánones que se transformen en normas es difícil; su cumplimiento es igualmente

complicado. Como fenómeno cultural que es, el paisaje es reflejo de la cultura de sus moradores. Y hay tres componentes del hecho cultural que constituyen poderosas herramientas para que el resultado global de las intervenciones particulares pueda ser considerado como una buena representación del paisaje: el ideal de belleza, la búsqueda de la armonía y el amor a donde somos, al territorio. Conceptos de difícil sistematización, pero cada vez más necesarios. Que no nacen de la imposición, sino del consenso social. Que sin necesidad de coacción, tienen en cuenta la repercusión pública de los comportamientos privados. Y que requieren, en todo caso, de una importante acumulación de energía cultural en cada uno de nosotros para poder ser llevados a la práctica. Una última intuición nos dice que su ejercicio es más sencillo cuando estos atributos impregnan el contexto: entornos en los que se practica la belleza, la armonía y el respeto retroalimentan a sus integrantes, que no conciben llevar a cabo actuaciones que entren en contradicción con los principios consuetudinariamente aceptados.

Notas

¹ En el momento de redacción del presente trabajo, el autor era consejero técnico de la Secretaría General de Patrimonio Natural y Desarrollo Sostenible (Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía).

² Texto escrito con motivo de la 1ª edición del Máster en Protección, Gestión y Ordenación del Paisaje (Universidad de Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía y Centro de Estudios Paisaje y Territorio), 2008.

Bibliografía

- GONZÁLEZ BERNÁLDEZ, F. (1981) *Ecología y paisaje*. Madrid: Ed. Blume, 1981
- GONZÁLEZ BERNÁLDEZ, F. (1985) *Invitación a la ecología humana. La adaptación afectiva al entorno*. Madrid: Tecnos, 1985
- GUZMÁN ÁLVAREZ, J. R. (2009) *Paisaje vivido, paisaje estudiado*. Sevilla: Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Andalucía, Universidad de Córdoba, 2009
- JELICOE, G.; JELICOE, S. (1999) *El Paisaje del hombre. La conformación del entorno desde la prehistoria hasta nuestros días*. Barcelona: Ed. Gustavo Gili, 1999
- MADERUELO, J. (2005) *El paisaje. Génesis de un concepto*. Madrid: Ed. Abada, 2005
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (1983) Cultura y ciencia del paisaje. *Agricultura y Sociedad*, nº 27, 1983, pp. 9-31
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (1997) El paisaje, patrimonio cultural. *Revista de Occidente*, nº 194-195, 1997, pp. 37-49
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (coord.) (1998) *Paisaje y Medio Ambiente*. Valladolid: Fundación Duques de Soria y Universidad de Valladolid, 1998
- MATA OLMO, R.; TARROJA, A. (2006) *El paisaje y la gestión del territorio. Criterios paisajísticos en la ordenación del territorio y el urbanismo*. Barcelona: Diputación de Barcelona-CUIMP, 2006
- MATA OLMO, R.; SANZ HERRÁIZ, C. (dir.) (2003) *Atlas de los paisajes de España*. Madrid: Ministerio de Medio Ambiente, 2003
- NÚÑEZ FLORENCIO, R. (2004) *Hollada piel de toro. Del sentimiento de la naturaleza a la construcción nacional del paisaje*. Madrid: Parques Nacionales, 2004
- SÁNCHEZ BIEC, J. M. (2002) Problemática y complejidad de la ordenación del paisaje en los planes de ordenación del territorio. *Andalucía Geográfica. Boletín de la Asociación de Geógrafos Profesionales de Andalucía*, nº 9, 2002, pp. 56-61
- ZOIDO NARANJO, F.; VENEGAS MORENO, C. (2002) *Paisaje y ordenación del territorio*. Sevilla: Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía, 2002
- VV. AA. (2001) *Atlas de Andalucía*. Tomo 3. Cartografía temática. Sevilla: Consejería de Obras Públicas y Transportes de la Junta de Andalucía, 2001